

UN HOGAR LATINO EN NUEVA YORK

DIANA BELLESI

Diana Bellesi, escritora argentina, vivió en Nueva York, donde para ganarse el sustento se vio obligada a trabajar en una fábrica metalúrgica, junto con hombres y mujeres, blancos y negros, norteamericanos, puertorriqueños y otros latinoamericanos. Diana Bellesi nos ofrece aquí viñetas sobre el «hogar» que comparte con otros latinoamericanos en un barrio miserable del Sur del Bronx, uno de los cinco distritos neoyorquinos, convertido en «ghetto», a unas pocas millas de Times Square, una de las rutilantes vitrinas del «modo de vida norteamericano».

DETRÁS de las vías altas del «subway», detrás de los edificios-proyectos —«ghettos» verticales—, detrás del cielo mugroso de «smog» al Sur del Bronx, el Sol se nos va. Mis compañeras de trabajo corren a la estación de trenes, corren al autobús, y yo las miro parpadeante, con los ojos sorprendidos por la luz del día, y me voy caminando por la Boston Avenue, a veces feliz de estar afuera, y a veces más triste que una perra apaleada. Pero hoy es viernes, día de cobro, y la gente ya está comprando cerveza, leche y caramelos para los niños. Y caminando sobre la calle como bailando, y en aquella esquina, un grupo de muchachos afronorteamericanos y boricuas ya le están dando a los tambores, y seguirán hasta la madrugada, y todo el mundo tiene el brillito de los viernes en la cara, y el cansancio parece hacerse más chico, y nos paramos a charlar en la vereda, en los escalones a la entrada de la casa, y esto está caliente, hermano. Treinta grados a la sombra hizo hoy al mediodía, pero la noche de los viernes siempre pinta linda, y nos iremos a bailar, o al cine, o a «chupar» con los cuñados, los amigos y el compadre, o a despatarrarnos tranquilos en un sillón hasta bien tarde porque mañana no se trabaja.

Subo las escaleras tarareando bajito una canción, y el olor de pollo frito, de menestra, de caldo de plátanos lo inunda todo. El edificio tiene cinco pisos y seis departamentos en cada uno; somos todos negros o latinos, obreros o desempleados temporales. En el 1.º golpea la puerta, y viene corriendo a abrirme Alex, un «pibito» (niño) de cuatro años, hijo de una de las parejas de la casa; me besa, me abraza y me cuenta historias a los gritos, farfulladas en su español infantil y ecuatoriano.

(Connecticut —Estado al Norte de Nueva York—), y viene a pasar aquí los fines de semana. El departamento tiene dos dormitorios y una sala, y somos siete durmiendo, y diez o doce, o más, durante el día cuando no se trabaja; hay risas, y parloteos, y discusiones, y chicos corriendo, y la radio, y la televisión, y en la esquina los tambores, pero el ruido parece música aquí los viernes por la noche.

Lucy tiene treinta y cuatro años; los primeros treinta de su vida los pasó en Guayaquil (Ecuador). Fue la mayor de seis hermanos, y su infancia estuvo minada por la pobreza. A los diecisiete años «se escapó» con Alfredo, su actual marido; sus padres la regresaron a la casa, la encerraron por muchos días y le dieron una feroz paliza. Sin embargo, un mes más tarde se casaron, y hasta después de haber parido a su primer niño el padre no le habló, no le permitió visitar la casa. Tienen cinco hijos: el mayor, de catorce años; el menor, de siete. Todos están

Por ese tiempo, Ester, su hermana menor, llega también a vivir con ella: está embarazada de seis meses y trabaja en una fábrica de costura. El padre del niño, Segundo, su actual marido, conseguiría entrar al país dos meses después que naciera el niño, Alex: los parientes de Ester les prohíben verse dentro o fuera de la casa. Finalmente, Segundo encuentra trabajo y pueden casarse. Ester continúa trabajando en fábricas de costura, donde gana el sueldo mínimo —irónicamente, por sus títulos de modistas, tanto Lucy como Ester pudieron entrar legalmente al país y conseguir la residencia—; Alex es cuidado por una vecina, que le cobra 20 dólares semanales. Segundo está empleado en una barbería del Bronx.

Al año y medio, Lucy logró traer a su marido a Nueva York, quien actualmente trabaja en una fábrica de muebles, en Long Island, barrio situado a una hora y media del Bronx. La tía Marina llegó hace dos años, tiene



Detrás del cielo mugroso de «smog» al Sur del Bronx, el Sol se nos va.

Lucy está preparando la comida; Alfredo, su marido, va y viene protestando por no sé qué cosa. La tía Marina arregla su armario. La radio, a todo volumen, está tronando un pasillo guayaquileño, después una ranchera, después una plena puertorriqueña, después un tango de Canaro: es la emisora hispana.

Ya llega Ester, la madre de Alex, cargada de paquetes, y a la mitad de la cena, Segundo, su marido, con botes de leche, plátanos, naranjas y una caja de cervezas. Hay ruido de cacerolas, la ducha del baño que gotea, el televisor sucedió a la radio, con la novela de la noche en español; los vecinos, que son compadres —ella ecuatoriana y puertorriqueño él—, entran y salen de la casa charlando y trayendo o llevando alguna cosa; hacia las nueve llega Emilio, el cuñado de Lucy, que trabaja en «Coneriko»

con los abuelos en Guayaquil. Lucy ha sufrido la pobreza y la dominación sexual por parte de su padre y su marido en numerosos matices. En 1968, su situación económica era insostenible; como tenía algunos familiares en Estados Unidos, decide venir aquí para trabajar y enviar dinero a su marido y a sus hijos; consigue un préstamo para el pasaje, y llega a Nueva York con veinte dólares y su valijita. Vive en casa de una prima, y al mes encuentra trabajo en una fábrica metalúrgica; de sus 50 dólares semanales envía 30 al Ecuador para saldar las deudas y para su familia, paga 15 a sus parientes por la comida y el catre y le quedan cinco para el «subway» y demás gastos. Entre tanto, soporta el mal genio de su prima y las cartas de su marido, que la acusa de ser una puta por haberse venido sola a Nueva York.

dos hijas adolescentes en Ecuador, a las que crió sola, por haberse separado de su marido cuando las niñas eran muy pequeñas. Lucy y la tía trabajan ahora en una fábrica de telas, en Manhattan: se levantan a las cinco de la mañana, porque entran a las siete y demoran una hora en el «subway». La tía sigue ilegal. A excepción de Segundo, todos trabajan lejos del Sur del Bronx, pero viven aquí porque las rentas de los apartamentos de esta área pobre de la ciudad son más baratas.

Emilio, casado con una hermana de Lucy y Ester, lleva ocho meses en el país. Entró ilegal por California y el Departamento de Inmigración lo «pescó»; su hermano, que vive en Los Angeles, pagó la fianza y lo dejaron en libertad, pero con la orden de salir del país en cinco días: desapareció antes, se eclipsó de Ca-



Somos todos negros o latinos, obreros o desempleados temporales.

lifornia y vino para el Este; está trabajando en una fábrica metalúrgica. Hace dos meses, su esposa, que vive en el Ecuador, dio a luz al segundo hijo de ambos; cuando Emilio supo la noticia se emborrachó por tres días y lloró mucho. La soledad lo mantiene en un constante estado de depresión más o menos encubierto; es afable y bondadoso, pero terriblemente sexista. Le he escuchado decir decenas de veces que la mujer es un ser inferior y debe ser dominada por el hombre, y semanas antes que naciera su hijo venía repitiendo que «éste también será varón, porque yo no hago mujeres».

Con diferentes matices, los demás hombres de la familia y los amigos que conocía piensan lo mismo; las mujeres también aceptan, unas más, otras menos, la primacía biológica y social del hombre, a pesar de que, tanto Lucy como Ester, fueron las más fuertes y sufridas en el proceso de inmigración, y también las primeras en llegar y afrontar el inicio de una vida diferente y nada fácil en este país.

Alfredo es, por lo general, tranquilo y medio infantil; Lucy lo controla bastante, y cuando hace alguna cosa que no le gusta, le echa en cara a gritos sus culpas presentes y pasadas —la historia de las amantes y concubinas que tuvo en Ecuador, su inconstancia en el trabajo, etcétera—; por lo general, Alfredo se calla, como metiendo el rabo entre las patas, o se ríe nerviosamente, pero cuando se emborracha pasa a ser terriblemente agresivo y burdo con las mujeres, especialmente con Lucy, quien entonces le tiene miedo. Las relaciones matrimoniales de ambas parejas, así como la de la mayoría de los parientes y amigos que conocí, están bastante deterioradas o en camino de estarlo; la familia patriarcalmente concebida al estilo latinoame-

ricano sufre aquí un puñetazo en el bajo vientre, por ser la mujer incorporada a medias en el proceso de producción, lo que la aleja un tanto de su rol completamente supeditado al trabajo doméstico, y de su total dependencia económica del marido; esto cambia las relaciones entre los sexos, pero por continuar viviendo en una sociedad que mantiene e institucionaliza la discriminación sexual, estas relaciones no se transforman, sino que adquieren nuevos matices, engendrando múltiples y diferentes tensiones.

Así, por ejemplo, las mujeres de la casa están en pro de la libertad para el aborto y de la igualización de los sueldos de trabajo, pero, sin embargo, siguen creyendo que el hombre tiene derecho a ciertas libertades que les están prohibidas a las mujeres por su condición de tales, desde caminar sola de noche, tener relaciones sexuales libres o una vida social propia. Al mismo tiempo siguen moviéndose dentro del deformado concepto de «ser femeninas», lo que, si bien en menor escala que las mujeres provenientes de la pequeña burguesía, las lleva a asumir a veces actitudes estereotipadas y a consumir muchos de los productos «femeninos» que la sociedad capitalista ofrece: maquillaje, peluquería, etcétera, que incluye una actitud competitiva en relación a otras mujeres, lo que se hace evidente en las fábricas, por ejemplo. Asimismo, cuando he hablado con ellas acerca de la posibilidad de una vida diferente, donde el concepto de familia se amplíe al de comunidad y los trabajos domésticos se socialicen, desapareciendo, en consecuencia, la esclavitud a que se encuentran sometidas —y desapareciendo, al mismo tiempo, la importancia de tener una heladera mejor que la del vecino—, me dicen medio sonriéndose que eso quizá sería

bueno, pero que lo consideran bastante imposible.

Como a las ocho de la mañana del sábado me aferro decidida a las costuras de mi saco de dormir, pero Lucy ya está despertando con severas admoniciones a todo el mundo, y empieza a trapear los pisos, quitar el polvo y espolvorear desodorante por todos lados. El olorcito del café colado y los huevos fritos crepitando en la cocina me quitan las esperanzas de seguir durmiendo y también las ganas de tirarle a Lucy el jarrón de plástico por la cabeza, toda desarmada cuando ella viene guiñándome un ojo, palmeándome las nalgas y diciendo: «¿Y hoy no va a desayunar?».

Hacia las diez, todo el edificio está en movimiento, dominicanos y puertorriqueños, la pareja de Costa Rica y el colombiano, las familias de norteamericanos negros, los ecuatorianos y la que suscribe, argentina, sacan las bolsas de basura hasta la calle, van a la lavandería, al correo, al mercado.

¡Oye!, ¿Wilfredo te mandó el cheque?, grita riendo Aurea a su vecina, que viene cargando dos niños y un paquete de la tienda (Wilfredo es el Welfare —subsidio por desempleo—, Mothersday en el «slang» negro llaman al día en que se le cobra); ¿sabe que anoche asaltaron a la del 4.º C?; vino mi compadre de Barranquilla y trajo discos, manjar blanco y «la que le dije» de la buena, ¿quiere probarla?; ¡Diana, tráigame un zipper 23 y cuatro plátanos verdes de la tienda, que se me olvidó!; parece que el Hugo tuvo una discusión anoche con la pelada y se mudó del departamento; hubo un incendio grande por la Wilkins. ¿No escuchó las sirenas? (todo el día y la noche escucho las sirenas, si no es la Policía son los bomberos; desde la Wilkins a

la 173, de Bryan a la Longfellow, el barrio está casi destruido por los incendios). Y aquí regreso, con los encargos y con el sudor inundándome hasta el agujero del ombligo, y la tienda de discos de al lado parece derrumbarse detrás de un «soul-blues» que canta Taj Mahal, detrás del olor del incienso y la cera, detrás de los ojos saltones de un muchacho parado en la puerta que conozco de vista y sé es distribuidor de heroína.

El televisor desgrana sus interminables telenovelas: «La Loba y Esmeralda», «El vagabundo», «Muchacha italiana viene a casarse», importadas de Venezuela, México o Argentina, opio lento que adormece la mente de los latinos, junto con «shows» musicales burdos, con cómicos para infradotados, con películas gringas de aventuras o «westerns» donde los mexicanos y los indios son salvajes o estúpidos, dobladas al español. La subcultura del subdesarrollo dentro de la Roma capitalista e imperialista, firmemente sostenida por canales de televisión y emisoras de radio, por cines en español y los dos periódicos de mayor circulación dentro de la comunidad hispana: *La Prensa* y *El Tiempo*, hogar de los contrarrevolucionarios cubanos.

Y casi siempre, lentas borracheras dibujan la noche de los sábados, y el desempleado llora, y el que está solo llora, y el que lo abandonó la mujer llora, o a veces se descarga la rabia en estúpidas peleas, y las mujeres tratan de calmar los ánimos, preparan café, socorren al que está enfermo, tienen miedo y, a veces, también lloran. Pero hay noches de los sábados en que el humor es más bueno, en que la cerveza o el ron llega sólo a poner a todo el mundo mareadito, y entonces hemos charlado sobre muchas cosas: las historias personales de cada uno, la política en sus países de origen, la situación de los latinos en Nueva York o Chicago, en Los Angeles, Texas o Detroit, las «Uniones» o el Welfare, y la conciencia de la opresión y la mentira está en cada uno de ellos a flor de piel. Y otras veces, Segundo saca la guitarra y toca pasillos y valsos peruanos y me hace cantar un tango, y Lucy ríe y la tía Marina baila con Moisés, que está contento porque consiguió trabajo de carnicero en Queens, y como a las tres de la mañana, caminando desde Simpson entre grandes montones de basura, muchachas prostitutas y gatos muertos de hambre, nos fuimos a comer «azopado» de cangrejos a la puertorriqueña.

Y cada uno, con sus historias, con su sufrimiento, con su fuerza para el trabajo, con su fuerza para aguantar los malos tiempos y gozar los buenos, con su voluntad de vivir, con sus niños, con su esperanza, me enseñan que la vida es real y verdadera, y que en ellos crece una fuente de energía enorme, un poder de transformar el mundo y transformarnos.